

# Carlos A. Romero. Aportes para el estudio de un historiador postergado

Jorge Huamán Machaca

Al ilustre maestro Miguel Maticorena

*“Ahora [y después de anteriores intentos] la Librería Internacional del Perú, que tan inmensos beneficios está aportando a la cultura peruana, va a editar mi obra y así la calma vuelve a mi espíritu”.* Prólogo de Carlos A. Romero a su obra **La Imprenta en Lima**, sustraída de su poder semanas antes de su muerte y que inédita espera hasta la actualidad.

## A modo de introducción

Los agradecimientos son necesarios a la hora de develar a este amigo intemporal que tanto ha esperado en el limbo del tiempo. Por ahora baste nombrar a la señora Renée Romero de Rutté, niña prodigio ayer y artista consumada hoy, sobre quien pareciera querer el destino ceñir el mismo velo negro que hoy descubrimos sobre la memoria de su tío paterno, Carlos A. Romero. A ella y al personal de los repositorios de Lima que tanto han cooperado con la investigación, en especial al Instituto Riva Agüero, en donde hemos hallado las mayores atenciones y sin la menor restricción para la consulta de sus fondos bibliográficos y documentales. Asimismo, al personal del A.G.N. por la paciencia tenida en el transcurso de esta investigación.

Es inevitable además hacer atingencia sobre la naturaleza y dificultades tenidas durante la investigación a modo de anécdota. Y es que siendo un historiador formado para indagar dentro de la fuente documental —quizás como

rezago de aquella manera de historiar decimonónica—, en la práctica, esta investigación me enseñó que no se debe desdeñar aquellas otras fuentes primarias como la oral y la material, que tanto aportaron en este caso para llegar a la meta deseada.

La presente investigación estuvo varada, por decirlo de alguna manera, durante mucho tiempo en lo referente a los datos familiares sobre nuestro personaje; y es que no hallábamos noticia o dato alguno que informara sobre su proveniencia hasta que reparamos en una costumbre de uso común en el Perú del siglo XIX, la de obviar o abreviar el apellido paterno. Así, mientras la abuela paterna, Manuela Portal, era verdaderamente Manuela Cárdenas del Portal, la abuela materna, Carmen Valenciano, se convertía en María del Carmen de Andrés Valenciano<sup>1</sup>.

Este hecho, por demás conocido, no podría haber sido advertido si es que no se hubiese procedido a la confrontación del trabajo en archivos con el trabajo de campo llevado a cabo en el Cementerio antiguo de Lima (aun cuando esta última actividad inscrita dentro de otro proyecto de gran envergadura) donde gracias a la perseverancia pero también al azar fueron apareciendo, entre decenas de miles de nichos, uno a uno casi la totalidad de familiares de nuestro biografiado con nombres, fechas de muerte y en algún caso de nacimiento (nadie miente ante la muerte), que ayudaron a atar cabos y abrir nuevas vetas de búsqueda en los archivos de Lima. Ahora, se presentan en gran parte estas nuevas noticias halladas.

## 1. Antecedentes familiares a una vida ejemplar

Aunque poco era lo que se sabía hasta el momento sobre este personaje, a pesar de su prestancia dentro de la historiografía peruana, el interés por él hizo centrar nuestras iniciales búsquedas en los archivos de Lima en un primer momento en torno a sus progenitores. Es menester indicar además que aun cuando no se gozaban de mayores referencias biográficas —ya que las existentes se tornaban vagas e imprecisas— cuál no sería nuestra sorpresa al obtener las primeras noticias históricas al respecto; por el lado materno, surgió entonces la figura materna, doña Manuela Ramírez, quien, a su vez, había nacido hacia 1840, como fruto del matrimonio de don José María Ramírez y Vargas Machuca

---

1 Este hecho no es aislado sino que por el contrario se muestra sintomático en los usos de la población de la época. Baste recordar casos más conocidos como el de José Casimiro Ulloa, devenido en José C. Ulloa, o Pedro González de Candamo en Pedro G. Candamo para pasar sus descendientes a usar solamente los apellidos Ulloa y Candamo respectivamente.

y doña María del Carmen de Andrés Valenciano, ambos por tanto abuelos de Carlos A. Romero.

Don José María Ramírez, rastreable en Lima mínimamente desde inicios de la décimonona centuria y emparentado con los Ramírez de Arellano, había sido uno de los distinguidos ciudadanos que creyendo en la necesidad de una vida independiente para el Perú perennizaría su nombre para la historia al ser uno de los firmantes del acta de nuestra independencia el año de 1821<sup>2</sup>. A la vez, su consorte, doña María del Carmen, no desmerecía la situación al ser hija del español don Emeterio de Andrés Valenciano, diligente y respetado escribano presente en nuestra ciudad desde su arribo a fines del siglo XVIII hasta su muerte ocurrida a inicios del XIX<sup>3</sup>.

Posteriormente surgiría la figura paterna, representada en don Manuel Santiago Romero y Cárdenas del Portal; a través de él descubrimos que Carlos Romero fue nieto de don Tomás Romero, vida ejemplar y poco conocida para nosotros pero no por ello menos interesante al respecto. Español de nacimiento y portador de un juvenil y emprendedor espíritu, luego de actuar contra los ejércitos napoleónicos en España, marcharía a América bajo las órdenes del general José de Canterac como parte de los refuerzos pedidos a la Metrópoli por el entonces Virrey Joaquín de la Pezuela. Esto debió de ocurrir hacia 1817 pues desde entonces lo hallamos luchando en el bando realista en el contexto de la Independencia en distintos escenarios americanos para finalmente arribar al Perú alrededor de 1820.

Luego de transitar por gran parte del Perú, sería al sur de Lima, luego del acontecimiento de la Macacona, donde trataría y entablaría relación con doña Manuela Cárdenas del Portal, suceso que lo decidiría finalmente a abandonar las armas y afincarse en tierras iqueñas<sup>4</sup>. Con posterioridad a este suceso lo

---

2 A.H.M.L. *Libro de Actas de los Cabildos de la ciudad de Lima, 1820-1825*. Existe reproducción facsimilar del Acta de la Independencia del Perú mandada a hacer en el sesquicentenario de la Independencia en 1971. Ver Bibliografía.

3 Poco es lo que se sabe de don Emeterio de Andrés Valenciano, teniendo por únicas referencias los papeles que reportara su actividad notarial y que en la actualidad se guardan dentro del Archivo General de la Nación en el Fondo de Protocolos Notariales bajo las signaturas 42 al 44 (s. XVIII) y 72a-72b (s. XIX). Otros papeles suyos se conservan, aunque de un modo disperso, dentro de los registros de Francisco de Munárriz (Protocolo 453, s. XIX). Para más referencia sobre este notario, véase la nota N° 13.

4 Tomás Romero debió conocer a doña Manuela Cárdenas del Portal en el contexto de la batalla de la Macacona (7-IV-1822), pues es el único momento, con anterioridad al matrimonio, en que notamos a este militar en tierras iqueñas, de donde era originaria su futura esposa. Por otro lado, cabe indicar que el mencionado combate fue de gran significación para el bando realista

hallamos solicitando en la capital limeña licencia para contraer matrimonio, la misma que le sería concedida el 27 de junio de 1826<sup>5</sup>, para luego regresar y concretar su matrimonio en la Iglesia de San Jerónimo de Ica al mes entrante. Pasado el tiempo y plenamente establecido en tierras iqueñas, el matrimonio Romero-Cárdenas del Portal se vería compensado con el nacimiento del ya mencionado Manuel Santiago Romero el 22 de mayo de 1830<sup>6</sup>.

En su caso, mantuvo una existencia pacífica en tierras iqueñas hasta la edad de 13 años que es cuando emigra a la capital junto a su familia. Aquí, se dedicaría, sin poder aclarar muy bien el asunto, al comercio, actividad que le proporcionaría medios para sobresalir en la metrópoli limeña. Con el transcurrir del tiempo conocería a doña Manuela Ramírez [de Andrés] Valenciano, agraciada limeña con la cual contrae esponsales y finalmente se casa ante el vicario de la Parroquia de San Sebastián el 16 de septiembre de 1858<sup>7</sup>.

## 2. El Nacimiento

Luego de este importante suceso, hallamos al matrimonio Romero Ramírez viviendo en un primer momento en la calle de San Carlos, cerca al colegio del mismo nombre y antiguamente Noviciado de los Jesuitas<sup>8</sup>. Carlos Alberto Romero Ramírez, nació en esta ciudad de Lima el 22 de agosto de 1863.

Fue bautizado en la Parroquia de los Huérfanos, el 27 de agosto de 1864 a la edad de un año y 15 días por el cura Eugenio Portales siendo padrino de

---

—aunque no cambiara al final el curso de la independencia peruana— tal cual se revela con la lectura de los textos básicos de Leguía y Martínez (*Historia de la Emancipación del Perú: El Protectorado*, 1971, t. III: 276) y el Diccionario de Manuel de Mendiburu en la parte que se refiere a José de Canterac (*Diccionario Histórico Biográfico del Perú. Época colonial*, 1932, t. III: 247-288).

- 5 Archivo Arzobispal de Lima. Sección Pliegos Matrimoniales, año 1826, exp. 37.
- 6 Aquí habría que hacer la necesaria aclaración de que este matrimonio debió de conformar una numerosa prole. Tal aseveración se desprende de las 3 ó 4 ramas de Romeros, provenientes de este tronco, que con el tiempo se trasladarían también a Lima a vivir en la calle de Carmen Alto donde se dedicarían en conjunto a diversas actividades comerciales tal cual se desprende de diversos documentos consultados. En el caso de Manuel S. Romero, padre de Carlos Alberto, su figura y las fechas y extremas de su existencia nos fueron esquivas y solo clarificadas en su totalidad luego de ubicar su nicho, tras paciente búsqueda, en el Cementerio Antiguo de Lima; en el referido camposanto reposan sus restos en el Cuartel San Martín de Porres, nicho 119-B.
- 7 Archivo Arzobispal de Lima. Sección Pliegos Matrimoniales. Septiembre de 1858: expediente 2.
- 8 La casa en que naciera Carlos A. Romero se ubicaba en aquel entonces en el distrito VIII, perteneciente al cuartel cuarto dentro del casco urbano de la ciudad.

bautismo su tío paterno don Lorenzo Tomás Romero. Sólo con posterioridad a este hecho, la familia se traslada a los Barrios Altos en la calle Carmen Alto N° 471<sup>9</sup>, que es donde se convertiría en base de una familia ampliada que se desarrollaría en conjunto hasta muy avanzada la década de 1920.

Es así como quedan configurados, aunque parcialmente<sup>10</sup>, los linajes de procedencia de Carlos A. Romero y los que nos darán una mayor idea del ámbito familiar, de tanta significación para nuestro ilustre personaje, a lo largo de toda su vida.

### 3. La Infancia y la formación de sus años juveniles

Teniendo como contextos las postrimerías de lo que Basadre ha venido en denominar *Etapa de la Prosperidad Falaz*, el hogar constituido por los Romero-Ramírez debió gozar de buena estabilidad económica dedicados al comercio como vivían, siendo una familia numerosa y poseedora de una amplia quinta.

Si debemos hacer caso a los recuerdos de doña Reneé Romero, el matrimonio Romero Ramírez debió haber procreado un total de 16 hijos, de los cuales 9 llegaron a la edad adulta; sin embargo, nuestra investigación hasta el momento solo ha llegado a corroborar la existencia de ocho de estos: Ismael (el mayor de los hermanos), nacido en 1861 y posteriormente casado con su prima Isabel Romero Azcárraga; Carlos Alberto, objeto de nuestro estudio, como ya viéramos, nacido en 1863; Manuel, nacido el 15-XI-1869; Daniel, nacido en

---

9 En esta casa, Romero pasaría los últimos momentos de su adolescencia y allí hubo no pocas reuniones familiares y sociales, al decir de Reneé Romero de Rutté en las que él siempre participó. La calle del Carmen Alto, hoy Jr. Junín N° 1238, aunque actualmente presenta un severo cuadro de tugurización, durante la segunda mitad del siglo XIX era parte de un barrio medianamente aristocrático; ubicado dentro del Distrito V (uno de los 10 en que se dividió Lima durante el siglo XIX) y que comprendía según Fuentes, “la mitad del cuartel tercero que está al lado de la Barranca, dividiéndolo en línea recta desde la calle de la Peña horadada hasta la portada de Barbones”). Véase al respecto, Fuentes, Manuel A. (*Guía histórica descriptiva, judicial y de domicilio de Lima*. 1860: 118).

10 Debemos recalcar que aún es incompleta nuestra visión de los ancestros de Romero, pues por ejemplo, del lado materno, no hemos podido dar con documentación que dé mayor luz sobre José María Ramírez y Vargas Machuca, al parecer el único linaje limeño directo del cual proveniría Romero aunque bien valdría aclarar que los Vargas Machuca estuvieron, por lo general, también afincados en la región de Piura, habiendo quizás de buscar mayores referencias en los archivos del norte del Perú; a la vez, falta saber cuál es la conexión de la rama paterna con los ascendientes dejados en España pues, según tradición familiar, habría de por medio un título nobiliario al cual habría estado ligado don Tomás Romero, aquel primer Romero de esta familia que llegara al Perú.

1871 y casado con María Matilde Pintado de Rossi, de quienes nacería Fernando Romero Pintado, marino e intelectual por demás conocido y de gran recordación entre nosotros; luego vendrían Hernán, María Rosa y Mercedes, sin tener de ellos mayores datos al momento de esta líneas; y finalmente, Guillermo Eugenio Romero, el menor de los hermanos, quien casó con Carmela de Rutté Barrios y de quien nacería entre otros hijos nuestra informante ya citada al inicio del párrafo.

En el contexto de su infancia, a pesar de que la llegada de la década de 1860 coincidiera en el ámbito nacional con la cimentación de un nuevo y poderoso sector socio-económico dedicado a las consignaciones guaneras, a nivel social, todavía dejábase sentir en nuestro ambiente republicano aquel viejo espíritu colonial, tal cual lo comprobaba más de un investigador en su momento; en todo caso, las evidencias históricas de la época me indican que si hay algo cierto para la etapa en que Romero desarrollaría su niñez, es el hecho de que durante estos años, aún se mantenían en pie viejas estructuras sociales<sup>11</sup> y también urbanas de espíritu colonial que para aquel entonces ni terremotos ni otras catástrofes habían logrado transformar o arruinar, pero que con el devenir del tiempo terminarían por desaparecer indefectiblemente.

Este ambiente, lleno de calles angostas y aun viejas tapadas, de carruajes y tradiciones contadas por viejas señoras, de viejos solares y viejas glorias de la etapa de la Independencia cuando no sobrevivientes del régimen colonial, todo ello enmarcado dentro de las antiguas y ruinosas murallas de Lima, incluidas sus no siempre limpias acequias y los amigos gallinazos forman el entorno material de la etapa infantil de Romero.

11 Contra aquellos que pudieran pensar que la llegada de nuevos aires republicanos a la América del Sur representa un indicador de una posible evolución social limeña con respecto a sus antiguos aires coloniales, revelador es el testimonio del tradicionista Palma quien a mediados del siglo XIX hacía notar cómo “no con el último disparo de fusil en el campo de Ayacucho desapareció la vida colonial. En punto a costumbres, se siguió, en toda casa de buen gobierno, almorzando de nueve a diez de la mañana, comiendo de tres a cuatro de la tarde, cenando a las diez de la noche, rezando el rosario en familia antes de meterse entre palomares [...] el mobiliario de las casas, la indumentaria personal, las fiestas y procesiones religiosas, los capítulos para la elección de prior o de abadesa, capítulos en que todo el vecindario se inmiscuía con un calor nada parecido al de los ciudadanos en las recientes elecciones de la parroquia: las corridas de toros, el reñidero de gallos y las funciones teatrales, los saraos de buen tono, los holgorios populacheros, **todo, todo subsistía, sin ápice de discrepancia, como en los días de la colonia. Nada había cambiado. Sólo faltaba el virrey, y créanme ustedes que la mayoría del vecindario limeño lo echaba de menos**”. Ver Palma, “El baile de la Victoria”. En: *Tradiciones Peruanas*, 1957: 453. Cabe indicar que anteriormente esta situación también había sido notada por Radiguet, quien sentenciaría al respecto que “entre las grandes ciudades de la América meridional, no hay otra que haya quedado más fiel que Lima, a las viejas costumbres españolas de antes de la independencia”. Ver *Lima y la Sociedad peruana*, [1856] 1971: 3.

Es posible asociar incluso a su mundo afectivo los recuerdos familiares e historias que le refirieran sus mayores sobre un abuelo patriota (el materno), perseguido por las tropas españolas y bombardeado en sus propiedades, mientras el otro (el paterno), habiendo luchado lealmente por la Corona, quedóse al final junto a una bella peruana; y aun incluso la de un bisabuelo escribano, con toda el aura de viejos legajos y viejos prestigios si se quiere. Y habría de preguntarse uno, ensimismado en esta historia casi de leyenda si no serían estos los motivos que embarcaron a nuestro personaje en la curiosidad por conocer las reconditeces de nuestro pasado.

Carlos Alberto desarrolló su infancia principalmente en el barrio de San Carlos, cuando conservaba su antigua y elegante fisonomía virreinal. Vio transcurrir sus primeros años en la segunda mitad de la década de 1860 y llegado a la edad en que debía de ser formado, los padres de Romero no con poco agrado confiaron la instrucción primaria de su vástago al liceo privado regentado por don Agustín de la Rosa Toro, docto maestro de mediados del siglo XIX y cultor de nuestra historia a quien quizás se deba, al decir de Tauro del Pino, la influencia que decidió la inclinación de Romero por la historia<sup>12</sup>.

Sin embargo, por nuestro lado, queda adicionalmente en claro para quien esto escribe, el hecho de que aun en esta temprana etapa de su vida, no debieron serle ajenos los viejos papeles notariales y sus contenidos, al parecer por el hecho de que esta actividad permaneció ligada siempre al entorno familiar, según hemos podido determinar, durante gran parte del siglo XIX, pues, había tenido en primer término por bisabuelo materno a don Emeterio de Andrés Valenciano<sup>13</sup>, escribano activo en Lima a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, casado con doña Jacoba Centurión y Marín. Posteriormente y a la muerte de aquél, su viuda contraería nuevo matrimonio con el también escribano Juan Cocío, activo en Lima entre 1812 e inicios de la década de 1860<sup>14</sup>.

---

12 Tauro del Pino, A. "Necrología. Carlos A. Romero". *Revista Histórica t. XXIII* (1957-58: 454).

13 Cabe al respecto hilvanar algunos datos históricos que ayuden a comprender mejor la situación: Emeterio de Andrés Valenciano, natural de la Villa de Fuente de Valdepero, Obispado de Valencia en los reinos de España, tuvo por padres a don Miguel Andrés González y a doña Catalina Valenciano, durante su juventud debió pasar a las Indias y radicándose finalmente en Lima, obtendría una Escribanía en la ciudad tal cual se desprende de los protocolos suyos conservados en el Archivo General de la Nación; ya en esta capital, debió contraer matrimonio hacia fines del siglo XVIII con doña Jacoba Centurión y Marín, dama cajamarquina, con la cual procrearía 4 hijas llamadas doña Gregoria, doña Dolores, doña Josefa y doña María del Carmen de Andrés Valenciano, esta última, como ya viéramos, abuela de Carlos A. Romero. Sin embargo, fallecido don Emeterio el 24 de setiembre de 1811, doña Jacoba traspasaría los derechos de Escribanía en don Juan Cocío, con quien a la larga terminaría contrayendo segundas nupcias.

14 Producto de esta segunda unión nacerían doña Lorenza, doña Paula y doña Manuela, esta

Romero debió de haber tenido temprano contacto con más de uno de los futuros dirigentes de la patria, puesto que no fueron pocos los rancieros linajes limeños que también se fiarían de la esmerada educación que esperaban para sus hijos de tan reputado liceo, a pesar de la relativa juventud del director que lo regentaba. La elección de este centro de enseñanza pudo deberse a diversos motivos: quizás, debido al prestigio del Director, o por la relativa cercanía al hogar de los Romero-Ramírez, sin olvidar incluso las relaciones de paisanaje que pudieron haber existido entre el padre de Carlos Alberto y el mencionado Director, dada la igual procedencia de ambos y la cercanía de edades<sup>15</sup>.

La educación iniciada en el liceo de La Rosa Toro, sería culminada posteriormente con estudios de instrucción media entre los años 1874 y 1878 en el Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe, en su antiguo local de la calle de la Cascarilla<sup>16</sup>.

De esta etapa escolar se sabe que fueron algunos de sus maestros los conspicuos pedagogos don José Antonio Godoy, Cesáreo Chacaltana y Manuel Marcos Salazar<sup>17</sup> entre otros<sup>18</sup>; además queda en claro que de este tiempo data su verdadera afición a las lenguas extranjeras y su destreza para el manejo de

---

última muerte al nacer. Habría que señalar además que Juan Cocio trabajó como escribano en nuestra capital hasta 1862 aproximadamente, fecha en que se pierde todo rastro documental sobre este personaje. Por su lado, doña Jacoba Centurión, siempre viviría rodeada de sus hijas, incluida doña María del Carmen, hasta el fin de sus días, hecho que debió ocurrir con posterioridad al primer semestre de 1859. Véase al respecto: *Testamento de doña Jacoba Centurión y Marín dado en 14 de agosto de 1859 ante el escribano Baltazar Núñez del Prado*, fs. 1154 y ss.

- 15 Agustín de la Rosa Toro, nacido en Ica en 1833 y muerto en esta capital el 28-VIII-1886, durante su niñez viajaría a Lima para seguir estudios escolares en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe. Posteriormente seguiría estudios de Jurisprudencia y Medicina en la Universidad de San Marcos; sin embargo, a partir de 1867 lo vemos regentando un "Liceo de Instrucción Primaria"; calle de Yáñez N° 177 —actual cuadra 9 del Jr. Paruro—, espacio que, a su muerte, seguiría siendo habitado por sus descendientes por lo menos hasta fines del siglo XIX. Por nuestra parte, Romero debió formar parte de una de las primeras promociones salidas de este prestigioso liceo.
- 16 Actual cuadra 4° de la av. Abancay, anteriormente circunscrito al distrito 3°, dentro del cuartel segundo de la Lima decimonónica.
- 17 Este es el mismo que, con el tiempo conformaría el eminente jurado en el concurso que convocó el *Ateneo de Lima* el año de 1899 y que en su sección de historia premió a nuestro personaje con la medalla de oro como máximo galardón del concurso por su trabajo *Los de la Isla del Gallo*.
- 18 Maestros suyos también debieron ser Mr. Williams Nation (inglés), Juan Duela (francés) y don Antonio Robles (Caligrafía) además de Romero Gago, Wenceslao Alzamora y el prestigioso abogado Paulino Fuentes Castro en los cursos comunes que dictaba el colegio. Véase al respecto la *Memoria de Instrucción Media* para el año de 1876, editada por el Concejo Departamental de Lima.

una esmerada caligrafía que mantuvo toda su vida y de la cual quedan como muestra los manuscritos de sus *Adiciones a La Imprenta en Lima*.

Por otro lado, aunque quizás no refleje su vida como estudiante, Romero muchos años más tarde evocaría cómo “*Allá en los tiempos de nuestra niñez — ¡y qué de tiempo hace de ello!— cuando los rigores del estilo nos obligaban a temperar el calor, distraídamente equivocábamos el camino y en vez de ir al colegio de Guadalupe nos encaminábamos a la Piedra Liza o a chapotear todo el día en el estanque*” [...] <sup>19</sup>. No contamos con mayores noticias que nos aclaren este período de su vida; lo cierto es, sin embargo, que Romero pronto se reencontraría con sus antiguos compañeros de aula, esta vez como compañeros de armas durante el conflicto con la vecina república del sur. Ante el allanamiento para el servicio de la patria, muchos de ellos terminarían inmolándose en la flor de su juventud durante la defensa de la *Perla del Pacífico*, en el marco de la guerra con Chile.

#### 4. Participación en la Guerra del Pacífico

Sabido es que una vez producida la derrota del fragmentado ejército peruano en el sur del país, la ciudad comenzó a prepararse ante el sordo rumor de una invasión a la capital limeña. En este contexto, no pocos fueron los jóvenes que inmediatamente pidieron su pase a las filas del Ejército de Reserva acudiendo al llamamiento general de don Nicolás de Piérola <sup>20</sup>. Uno de estos casos fue el de Carlos Alberto Romero, imbuido quizás por el fervor patriótico del momento, quizás también en el afán por emular las hazañas del abuelo militar que no llegó a conocer, pero de gran recordación dentro de su familia.

Con solo 16 años fue de los primeros en enrolarse y pronto lo vemos presente en los aprestos de la defensa de Lima, formando parte del Batallón N° 2 —dirigido por el Coronel Manuel Lecca— y bajo las órdenes directas del entonces Sargento y contemporáneo suyo, Augusto B. Leguía. No está de más indicar que los batallones —y sus respectivas compañías— fueron organizados en 10 divisiones, según el oficio o profesión de procedencia de los voluntarios.

19 Carlos A. Romero “La peña del muerto”. *Cultura Peruana* N° 130 (1946).

20 Este llamamiento hecho para el alistamiento obligatorio en el Ejército de Reserva fue dado por Decreto Supremo en la Casa de Gobierno el 17 de junio de 1880. Con posterioridad, Juan Martín Echenique, Coronel de Infantería del Ejército, Prefecto del Departamento de Lima y Comandante en Jefe del Ejército de Reserva por Decreto Prefectural de 9 de julio de 1880 dispondría el tipo de ordenamiento de los reservistas de acuerdo a las profesiones. Ver al respecto: *La Gesta de Lima 1881 —13/15 de enero— 1981*. 1981: 57-60.

Así, no es raro que Romero integrara, por las actividades comerciales familiares, parte de la 2da División bajo la conducción general del Coronel Pedro Correa y Santiago, que se componía de “ [...] propietarios, banqueros, jefes de casa de comercio, de almacenes y empleados y dependientes de estos [...]”<sup>21</sup>.

El ambiente de guerra que vivió la capital durante aquellas circunstancias debió haber sido terrible. La navidad de aquel 1880 debió ser la más taciturna de cuantas se recordaban, “*la más tensa a la vez que esperanzada que ha vivido nuestra sociedad*”<sup>22</sup> según el historiador Héctor López Martínez. Durante los aprestos finales para partir a las líneas de defensa en el sur de Lima no faltaron las muestras de ánimo de la población que quedaba en la capital, “[...] *entre sonos marciales, lágrimas, vítores y aplausos las tropas del Ejército de Reserva comenzaron a salir de Lima en el tren a Chorrillos*”<sup>23</sup>. Quizás con justicia debamos entonces considerar al joven Romero y a su familia como participantes de este suceso tan bien retratado por el citado autor.

Con respecto a la contienda, no tenemos por desgracia hasta el momento, un testimonio directo sobre la actuación de Romero en la Campaña de San Juan y Miraflores; en todo caso, sólo el hecho de cómo junto a su batallón compuesto por 250 hombres fue posicionado junto a otros batallones de infantería en el Reducto N° 1, allí donde más intensa sería la batalla decir de algunos autores<sup>24</sup>. El parte de las batallas de San Juan y Miraflores redactado por el general Pedro Silva quizás ayude a esclarecer indirecta y finalmente la actuación de Romero al reconocer cómo:

*“Faltaría también a mis deberes si no consignara en este oficio una palabra de aplauso justamente merecida **para los batallones 2, 4, 6 y 8 del Ejército de Reserva, que con la serenidad de esforzados***

21 Ibidem.

22 Héctor López Martínez. *Piérola y la defensa de Lima*. Lima, 1981: 37.

23 Héctor López Martínez. *El Comercio. Suplemento Dominical*, 16 de noviembre de 1980, p. 8.

24 Según Dellepiane, hubo 10 reductos a lo largo de la línea defensiva en Miraflores situándose el Reducto N° 1 entre el sur del pueblo de Miraflores y la Quebrada de Armendáriz. Con respecto a la naturaleza de la batalla, Juan Pedro Paz-Soldán, en su *Diccionario Biográfico de Peruanos Contemporáneos* (1917) hace alusión a la intensidad de la batalla sobre todo en este sector que es donde más arreció el ataque chileno; por otro lado, se sabe que el ímpetu de los combatientes peruanos fomentó un inicio exitoso con la imposición de la infantería peruana sobre la División Lagos y los contingentes del General Lynch; sin embargo, la falta de municiones y la inferioridad numérica pronto se dejaron sentir en el campo peruano, hecho que se vería reforzado con la llegada de la caballería chilena que decidió la victoria en ese sector de lucha.

**veteranos sostuvieron los reductos encomendados a su custodia sin que los desalentara el terrible espectáculo de ver caer uno tras otro a sus abnegados compañeros de armas**<sup>25</sup>.

Nada alejado de la realidad si tenemos en cuenta que incluso el propio Romero al término de la batalla salió herido de la contienda.

Al respecto, quizás una frase de Alberto Ulloa resume bien la actuación de tantos hombres como Romero en los momentos en que hubo que defender a la Patria: “[...] no se hizo todo lo posible para asegurarnos la victoria. Pero si hemos sido vencidos, no ha sido por la falta de valor y entusiasmo. No! Conmoverá era ver el denuedo con que [los soldados] se prestaban a afrontar la muerte”<sup>26</sup>.

Consérvase dentro del recuerdo de los familiares el hecho de que durante la campaña, la precariedad de conocimientos bélicos de los animosos jóvenes y la falta de armamento idóneo frustraban la voluntad de los reservistas. Romero solía referir a sus hijos y nietos cómo en aquellos días, mientras se esperaba el inminente enfrentamiento, sus actividades se centraron en exploraciones en medio de las huacas que se conservaban en aquel entonces en el sector de Miraflores, especialmente la conocida como “Huaca Pucllana” (o Juliana). Refieren, quienes escucharon de sus labios los recuerdos de aquella época, el hecho de cómo la Huaca Pucllana se había tornado en un punto de encuentro para los jóvenes reservistas, quienes, sin más aliciente que las ganas de defender a su mancillada patria, practicaban tiro y saciaban su curiosidad durante los descansos entre aquellos derruidos monumentos. Con el tiempo, Romero regresaría en más de una oportunidad al referido lugar y otras ruinas de la Lima prehispánica.

Algo que sí se desprende y se explica de esta fase en la vida de Romero es el posterior gusto de nuestro personaje por las armas de fuego, actividad en la cual destacaría en lo sucesivo, sobre todo en las competencias de tiro.

Pasado el dolor de las heridas y recuperado el ánimo alicaído, Romero, por intermedio de su antiguo superior, el mencionado Augusto B. Leguía, pasó a trabajar por las mañanas, según apuntan las evidencias, pero sin poder aseverarlo certeramente, a la firma comercial inglesa *Prevost*, mientras que por las tardes visitaba la casa y biblioteca del reconocido Enrique Torres Saldamando y a través de éste la del erudito y aun en ese tiempo director de la desaparecida Biblioteca don Manuel Odriozola. Esto debió suceder por espacio de algunos

25 Héctor López Martínez. *Piérola y la defensa de Lima*. Lima, 1981: 181. Al respecto, también véase: Carlos Dellepiane. *Historia Militar del Perú*. Lima, 1936: t. II, pp. 391-399 y 593 y ss.

26 Ulloa, Alberto. *Obras Completas t. III (Escritos Históricas)*. Bs. Aires, 1946.

meses entre 1882 y 1883. Al final de esta etapa, recordaba nuestro personaje más tarde cómo “*En Septiembre de 1883 perdí la colocación que tenía en una casa de comercio inglesa [...]*”<sup>27</sup>, con lo que aprovecharía para dedicar más tiempo a la lectura y conversaciones con sabios versados en la materia, pasatiempo que para entonces se convertía en algo serio dentro de su vida.

## **5. Su paso por la Biblioteca Nacional de Lima (1883-1943)**

Es esta etapa la que ocupa la mayor parte de la vida de Romero. A ella se dedicó, joven aún, frizando los veinte años de edad, ni bien terminada la guerra entre Perú y Chile. Como bien sabemos, a esta institución llegaría en sus peores momentos, cuando nada quedaba de la Biblioteca y solo con la esperanza de hacerla renacer de los escombros en que la había sumido la guerra. Ingresado a prueba desde septiembre y de modo oficial desde el 4 de diciembre de 1883, formaría parte del equipo que, bajo la dirección de don Ricardo Palma, se encargaría de brindar la ayuda necesaria para su pronta reinauguración, el 28 de julio de 1884.

### ***El aprendizaje de bibliotecario y la formación del erudito (1883-1899)***

Tras un breve retorno a los campos militares apoyando al bando cacerista, durante la contienda civil que azota al Perú después de la guerra, puso de lado estos menesteres para dedicarse a otros más intelectuales, con tanta pasión que lo mantendrían ocupado hasta el final de sus días.

Muchos han reconocido la erudita labor de Romero que le hizo escalar puesto por puesto dentro de la Biblioteca Nacional. Palma puso por condición principal, cuando aceptó la dirección de la Biblioteca, la potestad para él, como Director, de poder nombrar a los trabajadores idóneos para esta institución. El gobierno accedió a concedérsela. El tradicionalista consideraba que no a cualquiera debía confiarse el cuidado del patrimonio documental del país. Así lo hizo constar siempre en sus informes expedidos a las autoridades de que dependía dicha institución. Queda claro entonces que consideraba a los candidatos a trabajar en la Biblioteca por las aptitudes ligadas al mundo de los libros y del conocimiento.

En nuestro caso, no fue raro que Palma centrara su atención en aquel mozo que con tanto énfasis recomendaran el viejo y docto general Odriozola

---

27 Carlos A. Romero. *Prólogo inédito a sus adiciones a la Imprenta en Lima.*

y el no menos prestigioso Torres Saldamando, dado el conocimiento que ambos tenían de la capacidad de Romero para tal labor y su temprano interés por la historia nacional. Estas recomendaciones, que le valdrían el ingreso, pronto se harían visibles al notar además su dominio de idiomas y su versación cada vez más manifiesta en la lectura de documentos antiguos. Sin embargo, fue su natural interés para vivir en un mundo de libros y documentos lo que hizo que pronto nuestro personaje ganase la confianza del ya entonces consagrado tradicionista. Durante los primeros años, y a pesar de los altibajos en cuestión de pagos atrasados, continuó trabajando, muchas veces de meritorio (entiéndase sin pago). Sus aptitudes y compromiso con la Biblioteca fomentaron que Palma terminara confiando a Romero no sólo las labores que competían a la catalogación bibliográfica de la institución, sino principalmente la custodia del Archivo Nacional, dependiente entonces de la Biblioteca por razones presupuestales.

La confianza depositada en Romero y la afición a las cosas de antaño hicieron que Romero comenzara a cimentar su dominio de la historia colonial y peruana en general, siempre apegado a los documentos antiguos, “*de primera mano*” como a ellos se referiría en lo sucesivo.

Es aquí donde prontamente sustentaría su erudición en sus idas y venidas entre los ambientes de la Biblioteca y el Archivo, pues según sus recuerdos, fue allí, entre 1883 y 1890 aproximadamente, cuando por el constante trato con intelectuales de la talla de José Toribio Polo, Pablo Patrón, Mariano Felipe Paz Soldán y Torres Saldamando entre otros, aprendería el arte de la descripción y catalogación bibliográfica así como una amplia base de conocimientos. Al momento de su incorporación a la Biblioteca dominaba ya cuatro idiomas. Esta actividad se vería complementada grandemente con la relación que mantendrá posteriormente con el bibliógrafo chileno José Toribio Medina en la década de 1890.

Por otro lado, en determinado momento, la confianza de Palma hacia este empleado y la ascendencia de nuestro personaje sobre el tradicionista debió llegar a tal grado que existe la posibilidad de que fuera él quien intercediera ante Palma para la contratación de Gustavo Romero Azcárraga, primo de Romero, el mismo que Palma propondría ante el Ministerio respectivo y que según los mecanismos fue ratificado prontamente por las autoridades.

Familiarizado con las fuentes primarias de nuestra historia se convertiría en el guardián de nuestra cultura escrita uno de los pocos privilegiados con ilimitado acceso a las reconditeces ocultas de nuestra historia. De este período proviene la datación de descubrimientos documentales suyos como el testamento de Antonio

Ricardo, primer impresor en el virreinato peruano<sup>28</sup> y los documentos que justificarían sus acuciosos estudios sobre los cronistas. En este período se hizo tangible también su colaboración en revistas, periódicos e instituciones intelectuales. Principal suceso de aquellos años sería su incorporación al Ateneo de Lima, tal vez por intercesión de Palma o de algún otro erudito que ya veía las condiciones de Romero. Su ingreso a la institución ya para la década de 1890 se desprende de los agradecimientos que recibiera de Larrabure y Unanue en la segunda etapa de esta institución, precedente del futuro Instituto Histórico del Perú.

Los años iniciales dentro de la Biblioteca fecundaron la vehemente inteligencia de Romero. Ello se hizo mucho más manifiesto en la década de 1890 cuando comienza a publicar en revistas como "El Ateneo" y periódicos como "El Rímac" o "El Tiempo". Esta época coincide con las ambiciones de Medina, quien buscando un nexo en el Perú que lo ayudase a culminar su *Imprenta en Lima*, se vinculó a Romero por recomendación de Torres Saldamando y Ricardo Palma.

Aun cuando en un inicio la relación de Romero con Medina sólo fue laboral, prontamente nuestro personaje se ganaría la confianza y admiración del erudito chileno, quien al culminar su libro, base de todo estudio colonial peruanista, le agradecería reconociendo públicamente su versación en el conocimiento de la bibliografía peruana<sup>29</sup>, o como él mismo lo escribiría: "*bien me había dicho el amigo Torres [Saldamando] que era Ud. un maestro en la materia*"<sup>30</sup>.

Si bien ésta fue la época en que Romero decidió secundar la obra de Medina con sus *Adiciones a la Imprenta en Lima*, en nuestro país, quedaba inconcluso igual esfuerzo hecho por don Félix Cipriano Coronel Zegarra por su temprana muerte. Nos referimos al fichero bibliográfico que se halla hoy todavía olvidado en el tiempo por los hombres, en algún repositorio limeño que ya hemos tenido oportunidad de visitar.

Esta también es la etapa en que acreditaría su fama de erudito al ganar el concurso auspiciado por **El Ateneo de Lima** y con la aprobación de jurado tan

---

28 Cabe destacar el hecho de que Romero poseía ya, desde inicios de la década de 1890, noción de la ubicación de tan peculiar documento para nuestra historia, así se desprende de la noticia que da Medina en el Prólogo a su *Imprenta en Lima*. (1904). Romero incluyó este documento como anexo a sus *Adiciones a la Imprenta en Lima* que lastimosamente nunca llegaron a publicarse. Sólo posteriormente, este mismo Testamento de Ricardo sería exhumado por otro investigador y publicado en la *Revista del Archivo Nacional* correspondiente al año de 1955.

29 Medina, 1904 [1966]: xvii.

30 Carlos A. Romero. *Prólogo a las Adiciones a la Imprenta en Lima*. Inédito.

eminente como el constituido por Manuel M. Salazar, Ricardo Palma y Pablo Patrón ante el trabajo *Los Héroes de la Isla del Gallo*, tema eruditamente trabajado por Romero, y perfeccionado de modo temático sesenta años después por las investigaciones de José Antonio del Busto.

Se vislumbra ya cómo su elemental formación se dio en torno a la Biblioteca Nacional, siempre pegado a los libros, y es desde aquí donde daría vida, a lo largo de su existencia, a todas las obras que de su ingenio brotaran; principalmente, para deleite de sus lectores, en periódicos y revistas de índole académica. Su dedicación al servicio de la Biblioteca pronto le valdría el merecido reconocimiento de los sectores académicos capitalinos y así, si bien comenzó con el modesto cargo de peón de confianza, poco a poco iría ascendiendo por los cargos de Amanuense (1888), Conservador (1891) hasta el año 1912, cuando lo tenemos por primera vez como director interino ante la renuncia de don Ricardo Palma. Este cargo lo volverá a desempeñar en 1914, ante la renuncia, por motivos políticos, del director Manuel González Prada: nuevamente en 1915 ante la renuncia del director Luis Ulloa y en 1918 durante una temporada ante la muerte de González Prada. En 1920 es ascendido al cargo de Subdirector; en 1924 volvería a ser nombrado director interino y en mayo de 1928 se le confiere el puesto de director de la Biblioteca. No existía persona más capacitada para dirigir la institución en la que por más de cuarenta años llevaba laborando y en la cual laboraría hasta su subrogación en junio de 1943.

### ***El erudito reconocido (1900-1927)***

Pertenecen a las primeras décadas del s. XX los primeros testimonios personales habidos sobre Romero. Así por ejemplo V. A. Belaunde recordaba en sus memorias cómo hacia 1906 o 1907

*"[...] mis tareas en el archivo de Límites me llevaban con frecuencia a la Biblioteca Nacional. Carlos Romero era una bibliografía ambulante y guardaba con avariento celo el fruto de sus búsquedas. Sólo algunos privilegiados podían ver sus abundantes anotaciones a la Imprenta en Lima de J. T. Medina"*<sup>31</sup>.

Su información era prodigiosa, lo que propiciaría la natural envidia de propios y extraños, algunos tan renombrados como el propio Palma y cómo no

---

31 V. A. Belaunde. Memorias, 1967: t. I, pp. 347.

habría de estarlo cuando Romero se constituía, bajo su dirección, como un ser superior en bibliografía e historia. Un ejemplo de lo anteriormente dicho lo constituye el siguiente hecho.

Dentro de las **Papeletas Lexicográficas** que el célebre autor de las *Tradiciones Peruanas* publicara en 1903, hízose alusión a la palabra **albazo**, término que según Palma debía ser una palabra castellana que, habiendo sido olvidada en la Península, en algún momento había emigrado antes al Nuevo Mundo, siendo común su uso en América desde el siglo XVII **según le constaba por un folleto visto en la Biblioteca Nacional**.

Este término, y otros 2000 americanismos propuestos por Palma, aunque fueron aceptados prontamente como un gran aporte por muchos al venir de quien venía, constituyeron un dolor de cabeza para el Marqués de Laurencín, a la sazón Presidente de la Real Academia Española por las verificaciones que dicha institución se vería comprometida a hacer.

Sobre tal asunto, ha consignado Romero la siguiente explicación, en un texto inédito que de nuestro historiador hemos podido ubicar, y es que la obra de Palma —nos referimos a las *Papeletas Lexicográficas*— así como habían sido un aporte a la Lengua Castellana, constituían a la vez la pequeña una pequeña travesura ideada por Palma contra la mencionada institución madrileña dada su renuencia a incorporar americanismos a su diccionario<sup>32</sup>.

Pero para Romero, mas allá de esta preliminar explicación, lo interesante era que el folleto que Palma cita para fundamentar su aserto “*no había existido nunca ni en la [Biblioteca] Nacional de Lima, ni en ninguna otra biblioteca por la sencillísima razón de que jamás se imprimió*”<sup>33</sup>. Sentenciaba así el asunto descubriendo un poco del accionar de Palma.

---

32 Cabría indicar que algunos años después el Marqués de Laurencín encontraría revancha perfecta contra el tradicionalista en la acerba crítica que dirigiera por la negligencia de Palma al haber tildado en uno de sus trabajos y a la ligera, a *La Ovandina*, libro de primer orden dentro de la producción colonial peruana, como un pequeño “poemita”, restándole así la importancia que ameritaba. En todo caso, por nuestro lado habría que aclarar, que la crítica había sido hecha a una primera versión que Palma diera a las prensas en 1889 con el nombre de *La Ovandina. Noticias sobre un poemita y un poema peruano del siglo XVII*. Tal error en su momento pronto le valió una rectificación por parte de José Toribio Medina, hecho que obligaría a Palma a hacer un mea culpa en posterior publicación titulada *Un libro condenado. Noticias sobre el autor y su obra*. (1896). Para el problema suscitado con el citado Marqués de Laurencín en 1909, Palma solo guardó silencio. Para más información ver: José Toribio Medina. “*Cartas dirigidas a Ricardo Palma*”. *Fénix* N° 8: p. 425; y: Guillermo Feliú Cruz. *En torno de Ricardo Palma*. (1933) t. II: 160-161.

33 Carlos A. Romero. *Adiciones a la Imprenta en Lima. Apéndice N° XX*, Inédito.

Entre Romero y Palma, quizás desde los últimos años del siglo XIX y sin poder explicarlo todavía con fundamentos, comenzó a existir cierta relación tirante, quizás por la sana envidia intelectual que se prodigaban, pues, mientras el tradicionista se quejaba de la documentada rebeldía de Romero ante la fecunda y fantástica imaginación palmiana, a la vez, también se tendría que reconocer que en más de una oportunidad quiso imitar nuestro personaje el género de las tradiciones, pero sin poder nunca emular el estilo refinado y jocoso de Palma.

En torno a la relación Romero-Palma hacemos nuestra la incertidumbre que ya mostrara Alberto Tauro del Pino al cuestionarse por qué siempre Palma guardó silencio sobre Romero.

Quizás sea oportuno, citar a Luis Alberto Sánchez, tal vez el que mejor ha evocado la figura de Romero. Así, en su *Testimonio Personal*, recordaría a nuestro historiador al anotar cómo siendo, “[...] *zambo claro, de cara ancha, nariz chata, ojos inquietos y ágiles, torso robusto y andar ligero, gustaba de exhibir su fuerte musculatura y su memoria prodigiosa [...]*”<sup>34</sup>. De igual manera, en otra circunstancia recordaría cómo también, dentro de su juventud Romero habíase destacado como bombero, eximio tirador de revólver, sensual y dicharachero, bien informado y chismoso de la historia<sup>35</sup>.

De esta etapa de su vida data su colaboración para la ***Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú***, más conocida como Colección Urteaga-Romero, comenzada a editar a partir de la década de 1910, considerada por muchos como lo principal de su producción editada. Aquí cabría resaltar el hecho de cómo esta colección se constituyó en su tiempo en el máximo esfuerzo por recopilar las fuentes documentales de nuestra historia colonial, en una época en que la documentación yacía dispersa para la investigación. Romero supo hacer la diferenciación de los dos Cristóbal de Molina, la publicación del Diario de Lima de Mugaburu, o la reedición de Betanzos y Pedro Pizarro entre otros. Destacan además sus múltiples y asiduas colaboraciones para los principales diarios del Perú.

### ***Años difíciles. La muerte de sus padres y el ánimo de Jorge Guillermo Leguía***

La vida del hombre siempre se ve ligada a los procesos afectivos en los que vive; en este sentido, fuerte fue la influencia del ámbito familiar en la vida de

---

34 Sánchez, 1969: t. I, p. 143.

35 Luis A. Sánchez. *Prólogo a las Adiciones a la Imprenta en Lima* de Carlos A. Romero. Inédito.

Romero. Como ya viéramos, proveniente de una familia ampliada, él y todos sus hermanos, junto a sus respectivas familias, se desarrollaron en torno a la figura del patriarca, don Manuel Santiago Romero y su esposa doña Manuela Ramírez y Andrés Valenciano. Ellos, que tan longevos fueron, vivieron observando la actuación de cada uno de sus hijos, sobre todo durante su juventud. Así, para el caso que nos interesa, siempre apoyaron las decisiones de Carlos Alberto. Estuvieron presentes y cerca de Carlos en el nacimiento de cada uno de sus hijos (tal cual se desprende de la inscripción de estos en los registros públicos de Lima). Sin embargo, la década de 1920 marcó un hito en la vida de Carlos Romero, pues los triunfos y sinsabores se sucedieron en su vida.

La muerte de su madre en 1922, del retoño de su hijo mayor en 1924, el suicidio de este último en enero de 1925 y finalmente la de su padre a mediados de 1927, terminaron por minar el ánimo de Carlos Alberto. Estaba acabando una etapa importante de su vida y de qué manera. Sin embargo, es en este contexto donde debe situarse el apoyo de quienes lo conocieron. Grata y mucha fue la ayuda y apoyo moral del régimen leguista al cual se hallaban unidos algunos hermanos de Romero; pero sobre todo debe destacarse el ánimo y las palabras de apoyo del joven Jorge Guillermo Leguía quien, habiéndolo conocido en sus búsquedas dentro de la Biblioteca Nacional, había llegado a conocerlo mucho<sup>36</sup>. Su espíritu de solidaridad para con el ya consagrado erudito Romero ha quedado perennizado en la bio-bibliografía y las palabras preliminares que con su nombre publicara en el *Boletín de la Biblioteca Central de San Marcos* a fines de 1927.

### ***Los años de la Dirección (1928-1943)***

A mérito del esfuerzo y experiencia acumulada, luego de 44 años de labor, en 1928 Carlos Romero fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional de Lima. Y aunque un aspecto positivo de este período fuese su intento por dotar de mayores fuentes documentales al Perú, muchas cosas infames se dijeron de su gestión, sobre todo con posterioridad al incendio de la Biblioteca.

Quizás quien mejor compendia las versiones negativas sobre esta etapa sea Jorge Basadre. En *La Vida y la Historia*<sup>37</sup>, hablando de las carencias de la

---

36 Cabe indicar además aquí, que desde inicios de la década de 1920, Romero en la Biblioteca había tenido contacto, ya como Sub-Director, con los jóvenes integrantes de la Generación del Centenario cuando estos se abocaron a la tarea de catalogar la famosa cuanto desaparecida colección de **Papeles Varios**. Al respecto, Basadre y L. A. Sánchez han escrito sobre este período si bien no guardando una idea homogénea de nuestro personaje.

37 Véase Basadre, 1975: pp. 341-379.

Biblioteca (que dicho sea de paso le fueron comunes durante todo el siglo XX) Basadre se ha referido a la falta de un ordenamiento catalográfico de sus fondos, a la precariedad de su ambiente e intencionadamente a la tan mentada —como poco probada— desaparición de fondos documentales, pero siempre arremediando sus críticas al período en que Romero fue Director.

Romero nunca se mostró ajeno a la precariedad y necesidades de la Biblioteca; y aunque las evidencias muestren a esta institución siendo despojada de sus fondos por algunos malos funcionarios, a Romero, antes que desproteger nuestro patrimonio, mi investigación lo descubre rescatando, adquiriendo y gestionando documentos, manuscritos e impresos, para nutrir a la Biblioteca. Pongo por testigo al padre Rubén Vargas Ugarte, quien alguna vez realizara este hecho<sup>38</sup>.

Por otro lado, no fueron pocos los pedidos de Romero y otros directores, así como muchas debieron de ser las negativas de los gobiernos ante la precariedad manifiesta de las instalaciones de la Biblioteca. Sobre esta situación, bien se ha referido Sánchez al recordar cómo las conexiones subrepticias y superpuestas abundaban en la Biblioteca en período en que él perteneciera a la institución entre 1920 y 1931. Afirma además cómo los pedidos para un apoyo estatal fueron moneda corriente durante el tiempo que él laborara y cómo mientras eran desatendidos los pedidos, las conexiones crecieron enormemente sobre todo cuando la Sociedad Geográfica de Lima y el Archivo Nacional se mudaron a ese local<sup>39</sup>.

Así pues, resultan evidentes las deficiencias que siempre presentó la institución, sobre todo en el siglo XX, donde quedan manifiestos los pedidos de ayuda de Palma, González Prada, A. Deustua y el propio Romero, aun cuando algunos de ellos de gran renombre intelectual, extrañamente se empeñaran en resaltar la ausencia de estos pedidos. Años antes de la gestión de Romero ya había notado más de un periodista cómo la Biblioteca Nacional era una de las instituciones de que menos se preocupaban los gobiernos de turno.

Al respecto habría que considerar algo hasta ahora no tomado en cuenta. En una entrevista hecha a nuestro personaje y publicada en *El Comercio* el año de 1938, queda testimonio de cómo Romero hizo denodados esfuerzos por captar la atención de algún gobierno que atendiese a las urgentes necesidades del viejo establecimiento. Según propio testimonio, en 1930 alcanzó al gobierno un Pro-

---

38 *Fénix* N° 21, 1971.

39 Luis A. Sánchez. *Prólogo a las Adiciones a la Imprenta en Lima* de Carlos A. Romero. Inédito.

yecto de modernización de la Biblioteca que, fuera por desidia o por las circunstancias políticas del momento, no llegó a ser atendido y quedó dormido en algún despacho ministerial.

En ese informe Romero exigía y proponía todo aquello que al momento de la reconstrucción de la tercera Biblioteca Nacional se le achacara como parte de su incuria para con la vieja institución y renovándose la Biblioteca en los puntos que Romero destacara como si la idea fuese nueva en el Perú. Sí que debió haberse sentido decepcionado, poco comprendido, quizás traicionado el viejo sordo que dedicara toda su vida a la BNP luego del incendio.

Prueba aparte de los peligros que encerraba nuestra Biblioteca la dio don Alejandro Lostaunau, trabajador de la institución y que también lo sería del Instituto Riva-Agüero. Al final de su vida recordaría cómo

*“[...] durante la administración de Carlos Romero, este se preocupó constantemente de solicitar a las autoridades del Ministerio de Educación la prevención de accidentes mediante asistencia de un electricista, pero no tuvo recepción su pedido. Yo mismo estuve punto de perder la vida cuando un remezón me sacudió en momentos que retiraba un libro de los estantes”<sup>40</sup>.*

Así pues, con estos testimonios a la mano, pongo a debate lo dicho por aquellos que hicieron de nuestro personaje el chivo expiatorio perfecto de un siniestro que tarde o temprano se habría producido.

## **6. Un hecho funesto: el incendio de 1943**

Por raro que resulte, es este trágico acontecimiento, poco grato a la memoria de los que aún lo recuerdan, uno de los que más se asocian a Carlos Alberto Romero, aun cuando, por irónico que parezca, en un sentido negativo. Por ello en esta investigación le dedicamos un apartado especial, en el cual se contempla un recuento de los hechos que se sucedieron en aquellos aciagos días de 1943 y así poder calibrar la resonancia que tuvo el episodio —sin ser exagerado— a nivel mundial, pero sobre todo para saber de su directa relación con la posterior etapa en la que se vio obligado a vivir nuestro personaje.

---

40 V. *Lectura y Libros* N° 2. Año I. Publicación de la B.N.P., 1992: 15.

Corrían los primeros días de aquel mayo de 1943 y todo en el país transcurría con una inusual normalidad. Las noticias de la II gran Guerra que estreecía al mundo moderno seguían llenando las páginas centrales de los periódicos y revistas de actualidad. En nuestro ámbito local, las cosas para el gobierno peruano marchaban de maravilla, pues el inicio del mes no podía haber sido más auspicioso. Manuel Prado, el presidente, había recibido el 3 al presidente Enrique Peñaranda de Bolivia; el 4 se le otorgaba un voto de reconocimiento en la Universidad de San Marcos y para cerrar la semana, había asistido el domingo 9 a la inauguración del nuevo Hospital de la Maternidad de Lima, aun a sabiendas de que por esa misma época contraía matrimonio su hijo Manuel Prado Garland en Nueva York. Era, sin duda, una agenda recargada y agradable. Sin embargo, la noticia más importante de aquel 10 de mayo en *El Comercio* (ed. de la mañana), no fue ninguno de esos acontecimientos, sino una pequeña noticia marginal, de última hora: **“Voraz incendio en la Biblioteca Nacional”**. En este apurado “suelto” se daba noticia de un dantesco incendio que en pocas horas de la madrugada había terminado por destruir la antigua Biblioteca sin poder hacer nada por evitarlo, ante la consternación de cientos de parroquianos que, congregados en el lugar, y entre ellos Romero, sólo pudieron observar estupefactos el avance destructor del fuego, *“...tan rápidamente que parecía un reguero de pólvora y daba la impresión de que nada podía ser salvado”* al decir de un testigo presencial<sup>41</sup>.

Según los testimonios periodísticos de la época, durante el siniestro se perdieron casi en su totalidad los fondos bibliográficos y documentales que conservaba el local de la Biblioteca. No así los fondos del Archivo Nacional, pues, gracias a la oportuna intervención de los bomberos, lograrían salvarse del fuego destructor al quedarse aislados en los ambientes que le daban cabida en el segundo piso. También quedaron destruidos los ambientes del Instituto Histórico del Perú —actual Academia Nacional de la Historia—, cuyos archivos fueron devorados por las llamas. Por otro lado, de los ambientes de la Sociedad Geográfica de Lima poco pudo salvarse. Quedó afectada su prestigiosa biblioteca y mapoteca de notoria fama entre las más selectas a nivel mundial<sup>42</sup>.

La terrible y sorprendente noticia del incendio tuvo pronto eco. Instituciones y gobiernos de todo el mundo enviaron inmediatamente muestras de pesar por un siniestro que enlutaba a la cultura y junto con estas los generosos ofrecimien-

---

41 *El Comercio*, lunes 10 de mayo de 1943 (nro. 53 701), p. 8.

42 *El Comercio*, martes 11 de mayo de 1943 (nro. 53 703). Al respecto, véase los partes de las compañías de bomberos que actuaron aquel 10 de mayo en la sofocación del incendio.

tos de colaborar en la reconstitución de tan preciada joya americana<sup>43</sup>. Así pues, la solidaridad se hacía presente ante el infortunio. A su vez, el gobierno peruano, ocurrido el incendio, constituyó una Comisión de Reconstrucción de la Biblioteca<sup>44</sup> que inició la penosa labor de recuperar lo poco que podía ser salvado y siempre con la interrogante por saber si habían sido las llamas del incendio o el agua de los bomberos lo que más había afectado a las reliquias que alguna vez allí se habían atesorado<sup>45</sup>.

Pronto se supieron los verdaderos alcances del incendio: más de cien mil volúmenes y alrededor de cuarenta mil manuscritos se habían perdido; la consternación fue general en el ámbito intelectual y aun cuando lograron rescatarse piezas bibliográficas y documentales de incuestionable valor, esto solo constituía una mínima parte de la antigua riqueza documental que la institución guardaba en las ricas salas Europa y América, puesto que de estas sólo quedaba el recuerdo<sup>46</sup>. Fuera del alcance del incendio quedaron dos ambientes con material

- 
- 43 *El Comercio*, jueves 13 de mayo de 1943. El que nuestra Biblioteca fuera considerada como única en su género, sobre todo en América hispana, por el valioso acervo cultural que guardaba, hizo que una vez ocurrido el desastre no se hicieran esperar los mensajes de pesar de la totalidad de pueblos hermanos y otorgándole ribetes de catástrofe continental dado que en ella se guardaban fuentes aún inexploradas para el develamiento del pasado. [Véase al respecto los comunicados de los gobiernos de Argentina, Chile, Ecuador, Brasil, EE.UU., entre otros]. Asimismo, entre otros, significativo fue el mensaje del embajador de España quien, al afirmar cómo su país “*por motivos que le son propios se siente afectada especialmente por esta catástrofe*”, dejaba así entrever los lazos espirituales que unían a Perú y España más allá de las diferencias que alguna vez pudieran haber tenido; finalmente, están los comunicados de países tan lejanos como Bélgica, Polonia y Checoslovaquia los que, en momentos en que la guerra había destruido su patrimonio cultural dejándolos en gran orfandad espiritual, se solidarizaban bajo el mismo sentimiento de pena y dolor.
- 44 Una vez sucedido el siniestro el gobierno de Manuel Prado a través de la Resolución Suprema N° 1473 formó la Comisión eligiendo para el caso a un conjunto de ilustres y renombrados intelectuales, que no escatimaron esfuerzos en poner todo de su parte para lograr una efectiva reconstitución de la Institución afectada, a través del pedido de donaciones y contribuciones a nivel mundial. Entre los más conocidos de esta tenemos a José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaunde, Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea, José Gálvez, Horacio Urteaga y, en un primer momento, el mismo Carlos Alberto Romero. Ver “La reconstitución de la Biblioteca Nacional”, en *El Comercio*, Lima, 13 de mayo de 1943 (Nro. 53 707).
- 45 Años más tarde recordaba nostálgicamente Basadre cómo en una oportunidad, dentro de aquellas tristes jornadas de rescate, había hallado entre los escombros con una alegría pasajera el diario manuscrito del viaje de la fragata peruana Amazonas en su vuelta al mundo (1855-58), pues si bien había sobrevivido al incendio, presentaba el texto irremediamente borrado por la acción del agua. Véase *La Vida y la Historia*, 1975: 357.
- 46 Las principales salas de la Biblioteca, *Europa* y *América*, tenían una singular importancia por las obras que con el devenir de los años se había logrado allí reunir o conservar, según fuera el caso; por ejemplo, la **sala Europa** contenía una completa colección de textos clásicos

menor, pero sobre todo la sencilla sala de la Dirección, donde por precaución y cuidado Romero había separado de las demás salas a lo largo de los años lo que él iba considerando lo más importante de la Biblioteca; lo singular del caso es que gracias a esta precaución lograron salvarse “*verdaderos incunables peruanos*”, como por ejemplo los cinco primeros libros editados en esta capital con las prensas de Antonio Ricardo —entre ellas la *Doctrina Cristiana*, de 1584— además de los vocabularios de Torres Rubio, Holguín y Bertonio entre otros. Este hecho fue revelado por Romero con aires de nostálgica alegría en medio de la desgracia. Aunque esto no constituía la totalidad de la riqueza espiritual que alguna vez guardara este recinto, por su calidad se constituiría en la base de la nueva Biblioteca que pronto vería un segundo renacer en su historia institucional<sup>47</sup>.

Así pues, luego de la desgracia y ante la necesidad de hallar un responsable que enfrentase la creciente presión de la opinión pública, las autoridades hallaron un chivo expiatorio en quien quizás menos culpa tenía en esto. Así en los primeros días de junio, en medio de las más sorprendentes hipótesis y rumores sobre los orígenes del incendio, se separó a Romero del cargo sin mayores explicaciones<sup>48</sup>, dándose a entender con esta actitud que en él caía la responsabilidad directa por el inmenso desastre, cuando en realidad eran la desidia y poco interés de los sucesivos gobiernos los directos responsables de una catástrofe que siempre había estado latente dado el ruinoso estado del edificio. Cabe recordar que los directores en más de una oportunidad se habían pronunciado,

---

Europeos y en particular una importante colección de Biblias que, en el decir de un articulista, hacía que “... *nuestra Biblioteca no envidiara a las más renombradas de Europa*”. Por su lado, la **sala América** era el lugar donde hallaban cabida los textos de autores que hubieran nacido o escrito sobre este continente. Textos desde las obras de cronistas —éditas o inéditas— pasando por León Pinelo, Peralta y Olavide, hasta llegar a los de Pardo y Segura, en suma, todo “*cuanto libro o folleto salió de las prensas del Perú desde 1584, los poseía la Biblioteca*”. Como vemos, no era poco lo que contenía y, en consecuencia, debió de ser mucho, culturalmente hablando, lo perdido en el incendio. Ver *El Comercio*, viernes 13 de mayo de 1943 (nro. 53 707).

47 Recordemos que la primera destrucción de la Biblioteca se dio durante la ocupación de Lima cuando las tropas chilenas utilizaron sus instalaciones como cuadras para los batallones y dándose una inaudita labor de saqueo, dejándola en una total orfandad. Posteriormente Palma informaría que “*de los cincuenta y seis mil volúmenes que ella contuvo solo he encontrado seiscientos treinta y ocho...*”. Mensaje del Director de la Biblioteca, don Ricardo Palma, al señor Ministro de Justicia e Instrucción a 12 de noviembre de 1884. Citado en: “Cronología esquemática de la Biblioteca Nacional”. *Fénix* N° 21(1971), p. 10.

48 El reemplazante de Romero sería Jorge Basadre, quien recientemente se había capacitado en técnicas bibliotecarias en los EE.UU. En más de una oportunidad recalcó que el cargo le fue otorgado sin que él hubiese tenido la oportunidad de haber efectuado algún pedido especial, como alguna vez se sugiriera dada la expectativa que también se tenía para el cargo en la persona de Raúl Porras Barrenechea. Basadre, op. cit. pp. 359-360.

aunque sin oportunidad de ser escuchados<sup>49</sup>. Por ello en alguna oportunidad se había hecho notar cómo la Biblioteca siempre era la última en ser atendida por el gobierno, constituyéndose así en palabras de José C. Mariátegui en la “*cenicienta del presupuesto nacional*”, aun cuando se sabía la importancia de la institución<sup>50</sup>.

Se produjo la subrogación de Romero, el alejamiento injusto del anciano bibliotecario que si bien es cierto sumaba la increíble cifra de sesenta años al servicio de la institución, la forma en que se ejecutó en separación no fue la correcta y el hecho con posterioridad siempre sería recordado con rencor y nostalgia por el viejo historiador.

El incendio se dio en mayo de 1943, en momentos en que un grupo de jóvenes catalogadores inventariaba los fondos de la Biblioteca por orden de la Dirección de Educación. Este grupo estuvo formado por Guillermo Lohmann Villena, Ella Dunbar Temple, Alberto Tauro, Edmundo Cornejo Ubillús, Amalia Cavero, entre otros, lo cual generó malestar evidente en Romero por el hecho de que se organizaba un grupo a sus espaldas cuando por otro lado ningún pedido presupuestal de la Biblioteca para el mismo fin había interesado antes. Mucho se ha dicho del incendio de la Biblioteca y baste indicar, para resumir el asunto, que las evidencias apuntaron a un incendio provocado. Entonces muchas fueron las hipótesis, surgidas de vagos rumores, de por qué habría pasado ello. Los más avezados acusaron “al sordo Romero”, autor de un supuesto y desesperado plan por encubrir con el incendio las pérdidas de importante documentación que se habrían producido hasta entonces. Nada de ello fue comprobado pero, vertidos los rumores, sí se deshonraba la imagen de Romero, quien luego de ser obligado a renunciar a la dirección de la Biblioteca, un mes después del siniestro, pronto también se alejaría de la conducción de la *Revista Histórica*, a la que había dado vida por cerca de cuatro décadas. Sobre esto, sin mayores preámbulos dejo en libertad el testimonio inédito de Luis Alberto Sánchez quien afirmaría cómo

---

49 Ya en agosto de 1911 Palma hacía ver la precaria situación del local a raíz de un corto circuito que por suerte había logrado ser controlado, además está el hecho de que entre 1904 y 1911 reiteradas veces el célebre tradicionista había clamado al gobierno por la construcción de un edificio acorde con las funciones de la Biblioteca. Por otro lado, luego del terremoto que asolara a la capital en 1940 el edificio de la institución había quedado en un estado deplorable, apuntalado por vigas de refuerzo. Esta situación también sería hecha notar por el propio Carlos A. Romero aunque Basadre afirmara que esto último carecía de veracidad. Basadre, Op. Cit, pp. 375-377.

50 *Mundial*, 13 de marzo de 1925.

*“Sólo por una reacción pasional, nacida de la aspereza y egoísmo con que Romero trataba a los investigadores que acudían a la Biblioteca Nacional y a tratos con otros investigadores extranjeros puede explicarse uno la uniforme saña con que sin haber comprobado los hechos, por meras conjeturas, personajes distinguidos de la cultura peruana hicieran circular la infundada especie de que Romero habría tenido responsabilidad directa en el incendio de la Biblioteca [...]”*

para luego acotar

*“¿Qué interés podría haber tenido Romero en producir o auspiciar el incendio? Ninguno. Las sospechas despertadas en torno de ello merecieron siempre mi total repudio; lamenté, que hombres de alto vuelo intelectual, algunos de ellos muy cercanos a mí y a mi generación, participaran en una campaña soterrada absurda y en cierto modo cobarde contra el viejo gruñón cuya vida física y mental estaba totalmente ligada a la Biblioteca Nacional [...]”*

## **7. Los años del olvido (1943-1956)**

### **Tiempos de oprobio. El olvido y los últimos días**

Los testimonios que hemos podido consultar de aquella época nos describen los últimos años de este bibliotecario como de una insondable sobriedad en el estilo de vida y una extrema soledad que, al decir de más de un historiador, eran la prueba irrefutable de que él nunca había traficado o enriquecido con los fondos que supuestamente desaparecieron en la Biblioteca antes del incendio, como alguna vez se llegó a argüir sin prueba alguna.

Debieron de ser de resentimiento y nostalgia los sentimientos que predominaron en los últimos años de vida si hemos de guiarnos por los recuerdos familiares de doña Renée Romero de Rutté. Cuenta la mencionada sobrina carnal de nuestro personaje que, al final de sus días, aunque solía acaparar la atención de los nietos y sobrinos durante las sobremesas con sus inacabables historias, en el fondo y fuera de estas circunstancias la edad pero más el estigma que sobre él pendía, lo volvieron un ser apagado y taciturno. Esta situación se ve reforzada en uno de los últimos reportajes que se le hicieron en vida y en el cual basaremos este capítulo<sup>51</sup>. Olvidado por todos continuó viviendo en una vieja quinta del jirón

51 Jornada, Lima 3 de septiembre de 1946.

Paruro 1064 y sin más riqueza que unos cuantos libros y apuntes que había salvado del voraz incendio de la Biblioteca tal como lo pudieron comprobar sus entrevistadores; al respecto estos recordarían:

*"[...] se le bañaron de lágrimas los ojos, sus pupilas color verde claro se le pusieron rojos. Nos dio una profunda pena este anciano. Lo había perdido todo. Todo el trabajo de una vida. Aquí yo no tengo nada, — nos repetía— todos mis apuntes, mis estudios, mi trabajo estaba allí. En realidad, en esa pobre casa no había nada. Unos cuantos libros, muy pocos, eran toda su biblioteca... de un mueble tan viejo como la casa, retiró un legajo de unos cuantos miles de páginas. Era todo lo que había salvado de su obra"<sup>52</sup>.*

Como vemos, el destierro que sufrió este erudito de los ambientes a los que había dedicado toda su vida terminó por minar su vitalidad más rápido que sus ochenta y tantos años a cuestas. El resto de sus días viviría evocando sus años mozos, las relaciones que durante estos había forjado con más de un intelectual de renombre y los distinguidos cargos que uno a uno había logrado acopiar en torno a su persona y que él en algún momento de sus años de gloria con la típica socarronería que lo caracterizara se había encargado de hacérselo recordar al mundillo intelectual de la Lima de esos tiempos. Cuéntase, a través de los recuerdos guardados por la hoy considerada *vieja guardia* de la Historia<sup>53</sup>, cómo en los últimos años de su vida, era común ver a Romero paseando por las céntricas calles y jirones limeños, siempre vestido de gala y con todas las condecoraciones que había ido acopiando a lo largo de su vida, quizás queriendo así despertar la curiosidad de la gente por quien sin justicia alguna tenían confinado al olvido. Prueba de lo anteriormente dicho lo constituye una foto que aún se conserva con la imagen del viejo historiador y con algunas de sus condecoraciones, hoy conservada en la fototeca de la Biblioteca Nacional de Lima.

Carlos Alberto Romero Ramírez vivió a plenitud una vida variada y llena de contrastes tristes y felices. Llegó al final de sus días solo y abatido dentro de un

---

52 Ibidem.

53 Aquí cabría agradecer las informaciones que al respecto nos brindara el maestro don Miguel Maticorena Estrada. Cabe señalar además que esta versión coincide con las proporcionadas por Guillermo Lohmann Villena y sobre todo por Jorge Basadre en su texto *La Vida y la Historia* (1973) p. 372.

mezquino mundo intelectual que lo juzgó injustamente por un desastre cuya responsabilidad no ha podido determinarse y que no supo valorar su gran contribución a nuestra historiografía, por lo menos no como se debiera. En el ocaso de sus días vino a fallecer en esta ciudad de Lima a la edad de 93 años; a las 5 de la tarde del 31 de agosto de 1956, quizás tan frío como aquella lejana mañana en que naciera.

Lo sucedido con posterioridad inmediata a su muerte aún sigue en el limbo del conocimiento para nosotros; y sin poder explicar por qué pasaron, solo consignamos algunas versiones de las cuales futuras investigaciones confirmarán o desestimarán su veracidad. Con el estigma a cuestas y con Manuel Prado en el gobierno al momento de su muerte, corre el rumor no confirmado que de su entorno personal salió el veto impuesto a los principales medios de comunicación para no tratar la noticia de su fallecimiento. No obstante, diarios como *El Comercio*, donde por tantos años había laborado Romero, y *La Prensa*, no dejaron de brindar la noticia de tan sensible pérdida<sup>54</sup>; caso similar sería el de la nota necrológica hecha en la *Revista Histórica* t. XXIII<sup>55</sup> sin poder decir más. Sin embargo, no deja de extrañar el hecho de que otras publicaciones, sobre todo de orden científico, no dedicaran ni una sola línea a tan notable acontecimiento a pesar de la ligazón que tuviera Romero con tales instituciones. El caso de *Fénix* o el *Boletín de la Biblioteca Nacional del Perú* o la *Revista del Archivo Nacional*, que en sus respectivos números guardaron silencio.

## 8. El legado de Carlos A. Romero

### *Los trabajos inéditos*

Al parecer, hasta donde llegan los informes que de Carlos Romero tenemos en nuestro poder, más allá de su contribución y publicaciones en revistas, el principal aporte de Romero, por azares del destino permanecía inédito al iniciarse 1940. Sin embargo, estos trabajos inéditos, en su totalidad habrían sucumbido ante el fuego destructor del incendio de 1943.

---

54 Véanse al respecto: "Fallecimiento del señor Carlos A. Romero". *El Comercio* N° 62902, p. 8. septiembre 5 de 1956; también "Carlos A. Romero falleció en Lima". *La Prensa* N° 24765, p. 5. septiembre 4 de 1956.

55 La nota necrológica fue preparada por Alberto Tauro del Pino para el tomo de la revista correspondiente a los años 1957-1958.

El mismo, en algún momento de su vida, manifestaría cómo todos sus papeles personales y casi toda aquella producción suya que permanecería inédita habían sido devorados por las brasas del siniestro.

Para saber cuál sería el mérito de esta producción inédita, tomaremos los datos que insertó Jorge Guillermo Leguía en su *Bibliografía de Carlos A. Romero*, publicada en el Boletín de la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos en 1927. En aquel trabajo, luego de elogiar la erudición de quien posiblemente guiara al grupo de la generación del Centenario que catalogara parte de la Colección de Papeles Varios de la antigua Biblioteca, nos da un buen punto de comienzo, pues para esta época ya figuraban entre los trabajos que esperaban para su publicación: su Historia arqueológica del Valle de Lima, la historia del poblamiento del hombre blanco en América, un trabajo sobre el periodismo en el Perú, la historia de los virreyes del Perú, dónde están o dónde fueron enterrados; y las mencionadas Adiciones a La Imprenta en Lima.

Indicamos que es un buen referente pues 15 años después, Emilia Romero de Valle a quien uniera con anterioridad una relación sentimental con Leguía, publicaría con algunas adiciones en la *Revista Histórica* la Bibliografía de Romero<sup>56</sup> y con el consiguiente hecho de que, de los mencionados inéditos, solo su trabajo titulado, *De la Relación al Diario*, había logrado salir a modo de folleto a finales de la década de 1930. Los otros tres siguieron siendo consignados como inéditos y lo seguirían siendo en 1956 en la bibliografía que Irma García publicara en el *Anuario de la Biblioteca Nacional* como parte de su tesis.

Luego del incendio, Romero editó el tomo XVI de la *Revista Histórica*, último número de su gestión como director de ella antes de alejarse definitivamente de la vida pública. Aquí contaba a modo de epílogo cómo durante el siniestro se habían quemado no solo los fondos de la Biblioteca sino sus apuntes mismos; apuntes que había ido adicionando celosamente durante décadas y que se habían visto consumidos en parte por las llamas. El mismo en ese último número, publicó la parte que se había salvado sobre un estudio mayor que había hecho acerca de los entierros de los virreyes y que contenía además datos sobre los nombramientos, juicios de residencia y documentos que él consideraba importantes para nuestra historia.

Puesto que no dejó mayores datos, no sabemos hasta ahora qué es lo que salvó del incendio y qué no; en todo caso, existe la posibilidad de que sus trabajos

---

56 Jorge Guillermo Leguía (adicionado por Emilia Romero). "Bio-Bibliografía de don Carlos A. Romero". *Revista Histórica* t. XV. 1942: 184-199.

inéditos: **Historia del Perú Primitivo. El Hombre Blanco en América** hayan perecido entre las llamas. A la vez hay que lamentar sobre todo la posible pérdida (a menos que se hallase en algún olvidado repositorio) de su inédita *Arqueología del Valle de Lima*. El libro no era hecho por un neófito en la materia; ya Romero había dado muestras de su pericia en el campo arqueológico. Baste recordar que fue él de quien Hiram Bingham obtuvo las primeras informaciones documentales de la existencia de Choquequirao y Macchu Picchu, datos que el norteamericano se encargaría de comprobar en la expedición que lo llevaría a descubrir las ruinas pertenecientes al antiguo Tahuantinsuyo.

También es poco conocido el hecho de que cuando Max Uhle llegó al Perú su falta de conocimiento histórico y su casi nulo dominio del castellano hizo que acudiera a Romero, quien desde 1901 lo acompañaría en casi todas sus expediciones en la Costa Central peruana. Es en este contexto que debe entenderse la importancia de este trabajo, porque aprendió de la mano del sabio Uhle y porque aquellos conocimientos se preocupó por documentarlos, como quizás sólo él pudo hacerlo. La importancia de este minucioso trabajo, hoy perdido — o quizás extraviado— radica finalmente en que era un estudio con croquis, mapas y documentos que fundamentaban el tema en un momento en que todavía Lima mostraba un conjunto de huacas y otros restos prehispánicos destruidos por una mal entendida modernidad.

Por otro lado, a Romero, a falta de escritos editados, que no los pudo publicar por falta de apoyo de las instituciones, se le puede hacer un seguimiento a través de los primeros XVI tomos de la *Revista Histórica*, en los cuales se preocupó por temas tan novedosos como disímiles para su época y nuestra historia; como por ejemplo biografías de Cronistas (que serían la base sobre la cual continuaría luego Porras Barrenechea), movimientos sociales durante la colonia, estudios de la lengua yunga, los orígenes del Callao, nuestra Independencia o sobre algún mariscal peruano del siglo XIX.

### **Las Adiciones a la Imprenta en Lima de Carlos Alberto Romero**

Mas al final, aparece una gran luz que quizás ayude a una mayor comprensión de nuestro personaje, y es que en varias partes de este trabajo se ha hablado de unas *Adiciones a La Imprenta en Lima*, trabajo esencial para nuestras letras, pues no sólo complementaba a Medina, sino porque contemplaba impresos que el ilustre bibliógrafo chileno no tuvo a la mano y a los que Romero sí tuvo acceso, muchos de ellos incunables y otros ejemplares únicos que por haberse hallado en los fondos de la Biblioteca siniestrada convertirían a esta obra en la única que proporciona noticia sobre tales ediciones.

Hasta la actualidad no se había tenido mayores noticias de su paradero, y su ubicación estuvo restringida al conocimiento de unas cuantas personas. Aquí termino este trabajo, relatando un hecho que alguien cercano a él me confiara. No habiendo podido publicar sus *Adiciones a la Imprenta en Lima* en 1926 por falta de apoyo institucional, tampoco en 1934 a pesar del ofrecimiento hecho por una Universidad chilena y menos en 1935, a pesar del ofrecimiento incumplido que le hiciera la Municipalidad de Lima; a pesar de ello, Romero siguió conservando y adicionando pacientemente su magna obra<sup>57</sup>. Tras el incendio y muy al final de sus días, cuando frisaba los 92 años prestó, en 1955 el original a Guillermo Feliú Cruz con la esperanza de que pudiera publicarlo como anexo a las obras de Medina, mas no llegó a ver los resultados, pues Romero falleció a los 93 años y la obra, por azares del destino, una vez más quedó inédita.

En la década del 90' el reconocido historiador y bibliógrafo peruano Félix Denegri Luna recuperó el manuscrito y hoy gracias a ese servicio invaluable se pueden consultar las casi 1600 hojas que constituyen una monumental labor, comparable en parte a la que lograron en su momento eruditos como Vargas Ugarte y Medina en pro del desarrollo de la bibliografía peruana. Algunas de ellas mecanografiadas, en su gran mayoría manuscritas con la letra inglesa propia de Romero y que confirman su autoría. Queda, pues, ese inédito, expuesto esperando una vez más la atención del mundo académico para ser publicado. ¡Qué mejor homenaje póstumo podría haber para Romero, sobre todo con ocasión del Centenario de la *Revista Histórica*!

---

57 En el primer caso (1926) se refiere a Pedro N. Oliveira, a la sazón ministro de Instrucción, Justicia y Culto durante el gobierno de Augusto B. Leguía; nacido durante el contexto de la guerra del Pacífico (1882?) y ministro durante la etapa más tensa dentro de las negociaciones por el plebiscito de Tacna y Arica. Solo así se puede explicar por qué se mostró reacio a apoyar el proyecto de Carlos A. Romero.